

Jesús Sáenz de Miera y Zapico
Fundador de Central Lechera Asturiana

Nacido en Valencia de Don Juan (León) en 1920, Jesús Sáenz de Miera y Zapico vivió su infancia y adolescencia entre esa localidad y Valladolid, donde sus antepasados habían tenido una estrecha relación con la cancillería

de la capital castellana. Mantuvo una relación muy estrecha con su padre, Gonzalo, que atendía los negocios de ultramarinos de la familia y creó un servicio de coches de línea entre León capital, Valencia de Don Juan y

los pueblos de la zona. Durante la guerra, el padre pierde este negocio y el hijo es movilizado en el bando nacional. Tras la contienda, Jesús Sáenz de Miera hace oposiciones e ingresa en el Cuerpo Superior de Policía.

Oviedo, J. MORÁN

Jesús Sáenz de Miera y Zapico, fundador de Central Lechera Asturiana (CLAS) —que acaba de cumplir cuarenta años de existencia—, relata en esta segunda entrega de «Memorias» para LA NUEVA ESPAÑA su labor como funcionario del Cuerpo Superior de Policía, desde 1942, y sus posteriores cargos de presidente del Sindicato de la Madera (1948) y de procurador en Cortes, a partir de 1958.

«La información sobre infiltraciones extranjeras era lo fundamental»

«Unos músicos se negaron a tocar una ópera de Verdi y les dije: “No podéis traicionar este arte maravilloso”»



Jesús Sáenz de Miera, en las dependencias de Central Lechera Asturiana.

NACHO OREJAS

«En el Sindicato de la Madera demostramos que se podía establecer un servicio de vigilancia rápido y honesto, y que no robaba nadie»

licia, no me supusieron complicaciones. La Universidad, en aquellos momentos, no era un foco de problemas y tampoco había concienciación. Sería después, cuando miembros que habían sido del SEU falangista (Sindicato de Estudiantes Universitarios) dieron media vuelta para situarse políticamente».

● **Delegado gubernativo.** «En el año 1948 me nombran presidente del Sindicato de la Madera, un sector que estaba abandonado en Asturias, con déficit de trabajadores forestales y guardas. En el Cuerpo de Policía yo gozaba de confianza y había reuniones de empresas y centros de trabajo a los que me enviaban como delegado gubernativo. Allí me informaba de cómo estaban todas las historias y adquirí un bagaje importante. Por otra parte, yo salía de España a reuniones de las organizaciones sindicales en Suiza, Francia o Alemania».

● **Crisis de violonchelistas.** «También me nombraron delegado gubernativo para la ópera, y una vez sucedió una cosa curiosa. Antes de la función de una ópera de Verdi se me acerca Alejandro Fernández Sordo, que era el delegado del Ministerio de Información y Turismo, y me dice: “Oye, Jesús, tengo un problema con los músicos, que no quieren tocar”. Se iba a grabar, o a retransmitir por radio, aquella ópera y los músicos decían que por aquello no

iban a cobrar. Le respondí a Fernández Sordo: “No me fastidies, porque yo no quiero intervenir; está ahí el delegado de Orden Público”. Pero Alejandro me coge y me lleva a los camerinos. “¿Quién es el organizador de este lío?”, pregunté. “Yo”, contestó uno de ellos. “¿Qué instrumento tocas?”. “El violonchelo”. Entonces le dije: “Mira, ni Casals, ni Cassadó, ni Casaux, que son los mejores violonchelistas de España, permitirían lo que tú tratas de organizar aquí. ¿Dónde quieres tocar? ¿Aquí, o cogemos el violonchelo y vamos a la comisaría, a tocar allí?”. Él reaccionó. “Coño, no se ponga así”, y agregó: “¿Cómo es que conoces a esos violonchelistas?”. Le respondí: “Yo nací músico; no ejerzo, pero no puedo admitir que estés traicionando este arte maravilloso y extraordinario”, y le recomendé: “Reclama después, y que os indemnicen por la grabación”».

● **Control en los montes.** «En cuanto al Sindicato de la Madera, ya digo que el sector estaba abandonado en Asturias, pero logramos una cosa que llamó mucho la atención. Por ser funcionario, yo tenía una cierta aproximación al resto de los funcionarios, a los jefes de servicio, tanto de montes como de agricultura o de ganadería. Eran amigos y me facilitaban información, y yo también hacía sugerencias. Y la primera sugerencia fue la siguiente. Había un

déficit de trabajadores forestales muy importante, y de guardas. El jefe del distrito forestal, don Eugenio Guayar, puso a mi disposición todos los servicios, a ver si lográbamos comprender el problema y desarrollar soluciones. Padecíamos la escasez de guardería forestal, que era la que tenía que vigilar. Y planteamos al sindicato que fueran los propios maderistas los que pagasen la guardería; por lo menos, una parte. Así empezamos, y la nuestra fue la primera organización sindical en la que cada maderista pagaba 25 céntimos por metro cubico de madera, y así pudimos sostener una plantilla de 20 personas pagadas por los mismos señores que eran los vigilados. Yo también era maderista. Demostrábamos dos cosas: primero, que se podía establecer un servicio rápido y honesto, y, segundo, que no robaba nadie. Había una disposición que se llamaba la contada en blanco, que se aplicaba a los montes públicos cuando se subastaba la madera. Es decir, los técnicos hacían una valoración y decían la cantidad que se subastaba, tantos cientos de metros cúbicos, y los especificaban. La obligación que tenía la guardería forestal era, no solo vigilar, sino saber lo que al final había resultado, y si las cantidades que se habían concedido en licencia eran o no eran coincidentes con lo que se había explotado. Aquello revolucionó el sector y sobre todo tuvo eco en Madrid».

● **Cuatro legislaturas.** «En Madrid yo era procurador en Cortes. El director general de Montes era íntimo amigo mío, Paulino Martínez Hermosilla, ingeniero de montes, también procurador y representante del forestal en el Parlamento. Lo fue hasta que le sustituí, puesto que yo era propietario y productor de madera y él no. Ya digo que yo también era maderista porque tuve la oportunidad de comprar unas hectáreas. En realidad, había estado en venta un monte de cuatrocientas y pico hectáreas, pero yo no tenía dinero. Un amigo mío se ofreció a que compráramos entre los dos, pero preferí hacerlo en solitario. Podía comprar unas 16 hectáreas, por las que pagué 16.000 pesetas, y al poco tiempo pude comprar otro tanto por la misma cantidad, en total, 32.000 pesetas. Fui procurador en Cortes en las legislaturas sexta, séptima, octava y novena, de 1958 a 1971, y participé en la discusión y elaboración de la ley Sindical de 1971, dentro de la comisión de Leyes Fundamentales y Presidencia, cuyo presidente era Adolfo Díaz-Ambrona, ministro de Agricultura desde 1965 hasta 1969. Con Díaz-Ambrona tuve algunas palabras en las Cortes, por enmiendas a la ley Sindical, en el tiempo en el que yo había tramitado la solicitud del crédito para construir Clas».

Mañana, tercera entrega de Jesús Sáenz de Miera

● **Denuncia de un comisario.** «En el servicio de información del Cuerpo Superior de Policía trabajábamos con todo tipo de informaciones, de lo más diverso. Por ejemplo, aunque por otro lado estaba la Brigada Penal, había hechos de tipo criminal que los averiguábamos nosotros. Las informaciones que obteníamos no se facilitaban directamente a la Brigada Criminal, ni a la Brigada Social, sino a Madrid. De hecho, en la Brigada Social había un poco de envidia a nuestro servicio. Esa brigada tuvo malos momentos y a veces hacía cosas raras, extrañas, y desde que apareció y vimos cómo funcionaba, nosotros, los de Información, no teníamos mucho trato con ella. Yo mismo tuve que denunciar a un comisario de la Brigada Social de Mieres, al que expulsaron del cuerpo; al cabo del tiempo me lo encontré en Madrid y me dijo: “Me alegra mucho verte: ¿me invitas a tomar una copa?”. “Después de haberte dado la patada, sí”, le respondí. En Información teníamos amplitud de operatividad; éramos como los señoritos de la organización. Otros podían tener limitaciones, pero nosotros teníamos plena libertad de actuación y de funcionamiento. Éramos como una selecta organización de control de lo que sucedía, que, por lo menos, teníamos que saberlo. Había vigilancia interna, pero no he conocido casos de corrupción, ni uno solo, hasta el de ese comisario que antes mencioné. El caso surgió cuando fuimos a hacer un servicio a Mieres, una investigación en la que estuvimos Claudio Ramos y yo. Aquel comisario estaba tomándose unas copas en el bar que había debajo y, cuando bajamos, estaba diciendo el tío: “Aquí, para cojones, los míos”. “¿Qué dice este tío loco?”, pensamos. Después, en el curso de la investigación, descubrimos actuaciones intolerables en el caso de una mujer que iba a ser interrogada. Le dije a Ramos: “Oye, esto no lo tolero y no pidas más colaboración porque no te la doy”. Al día siguiente, Ramos y yo nos responsabilizamos de la denuncia y el comisario aquél desapareció, lo expulsaron. Él ya tenía malos antecedentes porque había estado en Cataluña y había pasado algo extraño, con su modus vivendi particular».

● **Infiltraciones extranjeras.** «Todo lo duro que pudiera tener nuestro trabajo en Información tenía el alivio de que estabas operando para evitar que se metieran en la danza franceses, alemanes, ingleses o ame-

ricanos en España. Se vigilaba mucho porque había intención de entrar y, de hecho, compraron conciencias. Eso a otras personas no nos gustaba y nos resistíamos a que nos ocuparan, porque de chavales bastante intromisión habíamos visto. Porque, durante la guerra, muchos de los chicos alemanes —pilotos, por ejemplo— estaban dentro de la Gestapo y, claro, por eso los repelíamos. Las tareas de información sobre infiltraciones extranjeras era para nosotros lo fundamental. Los estudios de Derecho en Oviedo y Salamanca, a la vez que estaba en el Cuerpo Superior de Po-